

La ciudad parecía tranquila. Desde la ventana del segundo piso, la mujer observó la calle. Los mismos escombros que desde hacía un año: la pieza de artillería destruida, y los restos del edificio frente al suyo que habían sido apartados hacía unos días por una máquina gigantesca que los había puesto sobre las aceras, taponando muchas entradas de edificios. Detrás de aquella máquina, un enorme tanque con una pala gigantesca, se desplazaba un enorme ejército. Un gentío de hombres vestidos de color azul oscuro con cascos redondos de color negro, al igual que sus botas. Cuando la mujer los vio, lloró de miedo: los defensores de la ciudad le habían dicho una y mil veces lo que pasaría si la ciudad caía. Y ese día, cuando los vio marchar detrás de aquel monstruoso aparato que escupía fuego por sus ametralladoras en la parte delantera, supo que todo acabaría pronto.

No supo más, los vio pasar como una pesadilla. Oyó los combates día noche, pero ya llevaba casi dos años oyéndolos, aunque nunca con tanta intensidad. Pero como una tormenta que se aleja, los oyó disminuir progresivamente hasta que no los escuchó más. Llevaba días sin ver a sus vecinos, a los pocos que seguían vivos, o que no se habían ido a los refugios que tenían los defensores en el centro. Sabía que don Mariano, el del tercero de enfrente, se había tirado del balcón en mayo; y la casa de los Herrera, junto a la antigua tienda, había saltado por los aires por una explosión, llevándose a toda la familia con ella. Eran los últimos de los que conocía su fatal destino; pero de resto no sabía nada, desde la llegada de la máquina. Vivos o muertos, no los veía.

Había humo en el cielo, pero eso era normal. Los incendios se producían constantemente, y la ciudad tenía un velo negro desde que el asedio comenzó. Pero desde la ventana no se veía nada preocupante desde hacía dos días. Ni gente ni soldados. El llanto de su hijo la sacó de su vigilancia absorta y concentrada de la calle. Dejó la ventana y se acercó a la pequeña cuna. Le parecía que estaba muy sucia, pero no podía hacer otra cosa. Hacía más

de una semana que no podía ir a buscar agua al pozo que los defensores habían hecho en una calle cercana, y el agua almacenada en casa era para beber. Pero esa no era su preocupación ahora mismo: su hijo lloraba de hambre. Ella no podía darle el pecho, la desnutrición se lo impedía, y en la casa no había nada que el pequeño de un año pudiera comer. Tenía que salir como fuera, arriesgarse y buscar algo de leche en polvo o lo que fuese. Sabía de historias de gente encerradas en sus propias casas que murieron de hambre por no atreverse a salir a la calle: los Martínez, aquel matrimonio de jubilados del quinto, a los que encontraron en su propia cama muertos por hambre. Eso a su hijo no le pasaría.

Con su hijo en brazos, bajó las silenciosas escaleras. Eran las once de la mañana, pero el día estaba nublado. La puerta del edificio había sido arrancada de cuajo y misteriosamente había desaparecido. La mujer llegó hasta el borde, miró con cuidado, izquierda, derecha... el edificio donde vivían los Mateos y diez personas más ya no estaba, o más bien era un montón de escombros. Ella caminó por la calle, pasó rápido sorteando obstáculos, lo más pegada a la pared que pudo. Conocía el lugar donde los defensores repartían alimentos. El niño rompió a llorar. Ella le puso una mano en la espalda y le musitó palabras de cariño, en un vago intento de mitigar su hambre y nerviosismo. Apretó el paso.

El lugar estaba cerca, una antigua nave industrial donde los soldados daban víveres desde que el asedio comenzó. Allí la ayudarían; incluso a lo mejor la evacuaban para llevarla a los búnkeres del centro de la ciudad, donde muchos se habían refugiado haciendo caso a las recomendaciones de las autoridades militares. Pero ella no quiso irse. Su marido podía volver y no encontrarla... ¿Dónde estaría? Lo último que supo de él fue cuando se marchó con la leva de hombres de su quinta a pelear contra los revolucionarios en el sur de Castilla, pero de eso había pasado medio año. La última vez que salió alguien de la ciudad, días después, el cerco se completó y la ciudad quedó aislada. «¡Zaragoza resiste!», era el lema, el grito de guerra del ejército resistente que luchaba a la desesperada con mil frentes abiertos frente al poderoso Ejército Nacional Revolucionario y sus aliados del Ejército Popular Chino.

Zaragoza ya no resistía. Zaragoza había caído ante una marea de soldados, una riada de hombres armados que con una insistencia fanática llevaban lanzándose contra la muralla defensiva de la ciudad aquellos dos años. Morían miles en cada intento de asalto, decenas de miles, tal vez cientos de miles desde que empezaron a correr como locos hacia las fortificaciones. Las balas de los defensores parecían infinitas, pero no lo fueron. Las vidas de los revolucionarios tampoco lo eran, pero sus hombres sí. La horda consiguió entrar para encontrarse con una ciudad moribunda que aun así se le resistía según avanzaban hacia su corazón.

La mujer llegó a la enorme puerta metálica, estaba cerrada. Golpeó con curiosidad en un vano intento de obtener respuesta. No había nadie. Ella no podía saberlo, pero en el techo del edificio había un hueco por donde entró un misil hacía una semana, y todo quedó destruido. Con la desesperación metiéndose en su cuerpo, se dio la vuelta; tendría que buscar en otro sitio. Conocía otro, un poco más lejos; o mejor iría hasta el centro, no era seguro estarse quieta en un mismo sitio. De repente lo notó: una especie de mordida, punzante y aguda.

Contuvo el aliento, sus piernas fallaron para caer al suelo, girándose en el último momento para no aplastar a su hijo en la caída. Lo había oído, no eran imaginaciones suyas: una explosión lo suficientemente cercana. Miró a su hijo, que lloraba mirándola, lo acarició acunándolo torpemente. El niño tenía sangre en la cabeza, se asustó. Nerviosa, le veía llorar, pero tenía una mancha en la frente, se dio cuenta de que no era del niño. Se miró la ropa. Le dolía el cuello, tenía la camisa llena de sangre y el dolor en el costado la hizo consciente de que le habían disparado. Caída, con un agujero en un costado por donde se le escapaba la vida, miraba preocupada a su hijo que lloraba; le pareció un niño muy bonito.

El soldado se acercó, vestido con su uniforme azul oscuro de una pieza, con su casco negro y una máscara antigás que parecía salida de una pesadilla. Una aparición fantasmagórica. El hombre, casi un niño, se acercó a la mujer que se moría poco a poco. Ella no le miraba a él, sino a lo que llevaba en sus brazos. Él miró con curiosidad: un bebé que gritaba a pleno pulmón.

Presionó a la mujer con su fusil, quería que lo soltara para poder observarlo mejor. Ella hizo un gesto casi reflejo de apretarlo más, de proteger a su hijo, algo absurdo y patético. Le volvió a disparar, esta vez en el pecho. No murió en el acto, tardó unos segundos, lo justo para ver cómo el soldado levantaba a su hijo.

Le miró como el cazador que busca alguna anomalía en el conejo que acaba de matar. Lo dio por bueno, el chiquillo parecía sano. Valdría. Con el fusil apartó el brazo la madre, y con la bayoneta tiró de la mantita azul, con la que volvió a enrollar al niño, que lloraba estirando sus brazos hacia su madre muerta en el suelo. El soldado lo colocó en su hombro, como si se tratara de un pequeño fardo de una mercancía valiosa, y caminó calle abajo.

Contento, no paró hasta ver a un grupo del batallón médico. Sus batas blancas y brazaletes con una hoz y un martillo en rojo los hacían visibles en kilómetros. Se acercó rápido; no había cola, así terminaría pronto.

Dejó al niño, colocado sobre la sucia sábana en la mesa del Camarada Médico, que lo auscultó, comprobó los reflejos y movió una luz en sus ojos. Un sello de «*Válido*» en tinta verde indeleble estampado en el pecho y un asentimiento con la cabeza, sirvió para que una matrona vestida de blanco se lo llevara hacia una mesa con ruedas donde una decena de bebés esperaban. Colocado el décimo, la mesa estaba llena; la retiró hacia la salida del vehículo sanitario, donde otra enfermera le dio un biberón con un compuesto alimenticio y un narcótico que le haría dormir las diez horas de viaje hasta la Ciudad, nombre oficial de la gran capital del Estado Revolucionario, cuyo epicentro era conocido como Madrid hacía menos de media década.

La ambulancia se puso en marcha. Era simplemente un transporte, un furgón con dos puertas traseras, pintado de blanco, que viajaría por un país en guerra intentando llegar lo antes posible a los controles del Estado, y rezando para no tropezar con unidades aisladas del ejército rebelde o de los partisanos. El vehículo llevaba impreso en un lado «Unidad Sanitaria de Primera Infancia», y la imagen esquemática de un bebé y dos manos cuidándolo. Tenían la impresión de que si el enemigo veía el dibujo no dispararía sus armas contra ellos, y acertaban.

El vehículo llegó a la Ciudad, capital y joya de la Revolución, sin novedad, para entrar en el aparcamiento subterráneo de la Unidad del Centro Pediátrico y Social. En el interior viajaba el niño, durmiendo con sus compañeros de mesa y con cinco decenas más. En su pie, una etiqueta ponía su nombre oficial: L-14. Pero nunca le llamaría nadie de esa manera, sino por la referencia que le puso la matrona antes de salir: León, ya que le parecía que berreaba como un león rugiendo con la boca abierta.

Era el año 2038, quinto año de la Gran Revolución, y el Partido Nacional Revolucionario ya veía su gran victoria al alcance de la mano.